

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 2 DE ABRIL DE 1922

NÚM. 19.708

LA CIEGA DE LOS CONCIERTOS

ERA el primer descanso del concierto. Después de un frenesí y revuelo de aplausos, quedó en la sala desmesurada un polvillo flotante de entusiasmo, con el que se relamían los catadores musicales. Héctor y yo salimos, el gabán sobre el brazo, el cigarrillo en el rincón de la boca, fascinados y sonrientes. Me ofreció una cerilla, encendimos y, ya caída y abandonada, su llama perduró en el suelo con una insistencia interminable y curiosa. Estuvimos algún tiempo mirando llamear a aquella nonada. Otras personas, contagiadas, se detuvieron a contemplarla con una atención insospechable y vergonzosa. Al fin se extinguió. Sin parar mientes en la importancia que habíamos dado a aquella viruta de luz, todos volvimos a intentar ser lo que éramos.

—¿Paseamos?—dijo Héctor.

—Bueno—repuse.

Y Héctor me advertía:

—Nada hay más consolador que este unánime y auténtico goce de las multitudes en los conciertos. La música está al alcance de todos. Su belleza no exige preparación ni superioridad; es tan clara, tan pura, tan divina, diríamos, que redime siempre al vulgo de su irremisible estupidez.

—Si—repuse—. Las otras artes no gustan a la gente común; ésta sólo saborea la música, con igual fruición que los entendidos. Las demás artes encierran, a juicio de las torpes mayorías, mérito y nada más que mérito. Cuando alguien se limita a decir que algo tiene mérito en sí, se resigna a concedérselo; pero nunca lo merece. Héctor asentía.

—Todos gozan la música. Pocos son, por el contrario, los que alcanzan el agrado de la pintura. Los honrados filisteos de pinacoteca ansían exclusivamente descubrir los resortes de la técnica, y se les ve en las salas, los domingos, intentar demostrar por qué un cuadro es excelente, perseguir las razones por las que debe ser admirado. El melómano es más ingenuo. Confiesa su ignorancia y dice: «No sé una palabra de música, pero me entusiasma». En pintura, el vulgo busca medios de persuadir a los demás de unas excelencias presueltas y no alcanzadas, de las que el mismo persuasor ha de convencerse. En música, no. La satisfacción es plena, y se basta a sí misma.

—No corresponderá, Héctor, la satisfacción que nos proporciona la música a la facilidad que tenemos de reproducirla por nuestra memoria, de regustarla, de rumiarla en una reminiscencia que

nos retrotraiga y devuelva los cursos melódicos fugaces y esquivos?

El aire del vestíbulo se había enturbiado, azulino y traidor. Algunas espirales y volutas de humo hacían juegos acrobáticos sobre la techumbre.

cosecha. Las artes del espacio son como la piedra y el agua. Cuando más creemos que son nuestras, cuando las llevamos con nosotros, son más de la honda o del odre que de nuestra propiedad. Si son montañas o ríos, hay que atravesar el

cargo de las imágenes. La música no las suscita; sólo engendra sentimientos. La razón del éxito de la música está en que los seres humanos ven, miran, especulan demasiado y están ahitos y empachados de imágenes. Ese arte que niega el espacio es su redención.

Se consumieron los cigarrillos y entramos en la sala. El color del aire se parecía al del agua; pero no al del agua pura, sino al del agua del refresco con zumo de limón y azúcar. Pasamos revista a los palcos. Una magnificencia embriagadora producía tanta hermosura concreta y predestinada esperando el furtivo escape de la belleza incoercible y casta.

La había visto algunas veces, quizá muchas; pero aquella tarde la muchacha tenía un significado supremo, un poder irresistible de captación. Parecía ajena a todo, extraviada en el vértigo de un ensueño. La cabeza, inclinada hacia atrás, dejaba ver su rostro claro y milagroso, de un inefable encanto, bajo el gran sombrero. Tenía una blancura sobrehumana aquel ser irreal, dulce y hierático. No parecía de carne y hueso, no. Y de existir su carne, debía ser lejana e imposible, como la carne de la luna. Sus ojos eran indescifrables y magníficos. Dos trenzas negras, nocturnas, ponían marco a su palidez y surcaban con su luto el vestido de seda verde, larguísima. Y el vestido debía ser un regalo de las hadas. Tenía un brillo de vida, un titilar de pradera, una palpitación de hocino en abril, de heno recién segado y entretéjido de sol, de malaquita labrada, acariciador como el del plumaje de los loros, profundo y líquido como el de las esmeraldas. Era una túnica hecha con todas las primaveras del mundo.

Héctor y yo nos detuvimos a contemplarla, discretos y distanciados. Y mi amigo, oprimiéndome el brazo, rogóme:

—Antes de presentártela, quiero que me digas lo que observas en esa criatura.

La luz lechosa de los altos arcos espolvoreaba el teatro con su harina, cosquilleante. La niña pálida de las trenzas negras era la única que brillaba como una joya en su verde vestido. Parecía la embajadora de la luz.

Y le dije a Héctor:

—Sin duda todo el color que niega, rechaza y barre la música, todo el tesoro del espacio se ha cobijado en ella.

La encantadora criatura seguía extasiada, indiferente, con los ojos altos y la sonrisa alboreante.

—Te la voy a presentar—anunció Héctor.

ANDALUCÍA VISTA POR SUS ARTISTAS



TOROS BRAVOS A ORILLAS DEL GUADALQUIVIR, DIBUJO A PLUMA POR MARTÍN LEÓN

Héctor tosía, y no pudo responderme al punto. Tenía la mano puesta sobre el rostro; el ópalo engastado en el hierro de su anillo guardaba una luz marchita y fatigada.

Cuando recobró su voz serena de apóstol joven, dijo:

—Las artes plásticas son más fugaces que las artes del tiempo. La música, en nosotros, vuelve y germina. Es como una

mundo para volver a hallarlas. Un trigal puede esconderse en una uña.

—¿Para qué sirve la música, Héctor?

—Para cazar sentimientos—me repuso—. ¿Crees tú, has creído alguna vez, que el mundo de las imágenes tenga algo que ver con la música? ¿Crees que ésta pueda ser descriptiva?

—En tu pregunta hay una blasfemia. Toda función descriptiva ha de correr a

tor—. Mas de ningún modo debes enamorarte de ella.

Su belleza era inconcebible, maravillosa y única.

—¿Por qué?

Desde el palco alguien hizo señas a Héctor. Ella permaneció inmóvil, sonriendo a lo remoto.

—¿Porque es ciega—me respondió mi amigo.

No hay azoramiento comparable con el de saludar a un sér ciego. Nadie puede decir que no ha tenido vacilación o torpeza al estrechar esa mano tendida, insignificante y pordiosera, que nos tienden en los primeros saludos, en las presentaciones. Nunca me han temblado los dedos como aquella tarde en que me presentaron a Eulalia. Por hablar de música, hablamos de Ravel; pero yo estaba agitado como el follaje de los álamos temblones por unas ráfagas misteriosas y susurrantes. Desde el primer instante me había enamorado de ella.

Su madre nos suplicó a Héctor y a mí que permaneciéramos en el palco durante la segunda parte. Ella escuchaba auténticamente, situada en los limbos de la música, hermana gemela de aquel arte. Su palidez era una palidez imposible de pintar: era una palidez musical.

El vestido que las hadas le habían regalado me envolvía en su luz, me cegaba, anonadándome. No oía nada; no podía oír. Mi alma toda se iba haciendo baile de brillo, vibración de luz, aleteo de matiz, mientras se iba ensordecendo. Mi amor por Eulalia debía ser fatal o anterior, porque medraba en mi indefinida e increíblemente. Acabó la segunda parte, y le dije:

—Lleva usted el vestido más bonito del mundo.

—Yo no sé nada—me respondió—. Yo no le veo.

Comprendí la impertinencia y me mordí los labios. Al terminar el concierto, no pude menos y exclamé:

—Eulalia, es usted la criatura más guapa que he visto.

Sonrió:

—No puedo saberlo. No me he mirado nunca al espejo.

Y seguía sonriendo a mi torpeza, que siempre se estrellaba en aludir a su infortunio. La amaba tanto, que, no teniendo ya término de comparación que ella alcanzara, murmuré muy bajo, casi a su oído:

—Es usted más bella que la música.

Se estremeció horribilmente, y la vi vacilar como si aquella confesión le hubiera revelado un secreto peligroso y torturante.

Tenía Eulalia diez y siete años, y yo apenas contaba veinte, y fuimos novios en seguida. Al principio no me aterrorizó su ceguera; pero mi amor no dejaba de decir siempre cosas inconvenientes y lesivas.

Una tarde me cogió las manos y me preguntó:

—¿Me querrás siempre tanto como ahora, o me querrás menos?

Tenía yo en mi corazón tantos paisajes de ternura, tantas perspectivas de dicha, que no pude separar las anunciaci-ones de mis esperanzas de los hechos de visión.

—¡Ya verás! ¡Ya verás!—le repuse, como si no fuera ciega. Y lloró.

Desde entonces, Eulalia prefirió los días de sol para salir a paseo. Su madre, enternecida de mi amor, me autorizó para verla en su casa, ya que no podíamos escribirnos. Tocábamos el piano y charlábamos un día sí y otro no. No comprendí su desgracia hasta aquellos días felices y dorados en que tuve que acompañarla por calles y jardines, mientras se apoyaba en el brazo de su madre

o de la señora de compañía. Me daba mucha pena verla sumida en la luz y privada de ella.

—¿Qué bueno es el sol!—decía.

Y vacilaba en su paso como si fuera una sombra. La gente la miraba mucho, mucho, y la mirada de los otros sobre ella me horrorizaba.

Cuando el cochero o el mecánico preguntaban:

—¿Dónde quiere ir la señorita Eulalia?

—Donde haya flores—respondía siempre.

A mí me dolía su predilección.

Una tarde me causó espanto su deseo: quería ir al cine. Fué en vano intentar persuadirla de la inanidad y ridículo que acompañarían a su pretensión. No veía nada. No había visto nunca. No veía nada jamás.

Sin embargo, fuimos mucho a aquel cinematógrafo coquetón y blanquísimo, al que iban las niñas más bonitas y los gacznapiros de más reputación. Alrededor de mi novia ciega se hicieron comentarios que no dejaban de mortificarme.

A veces interrumpíamos nuestra charla, y ella permanecía atenta al desgranar fino de las notas de la cinta, que al desarrollarse produce ese rumor de taller o de fábrica que tanto daño hace al espectáculo de pantalla. Sus ojos vastos,

tenebrosos, se dirigían a las imágenes inquietas, azogadas, epilépticas.

—¿Ves?—llegué a preguntarle.

Y suspiraba, porque su ceguera no tenía remedio.

Mucho sufrí con aquello; mas un día me pidió que la llevase al museo del Prado. Tanto a mí como a la señora de compañía nos dolió aquella peregrina intención. Pero a los ciegos no se les puede negar nada, y aquel día se dió el más tremendo drama mudo, tenebroso y paralítico, cuando los tres del brazo nos arrastramos por las salas encerradas, bruñidas y gloriosas, sin hablar, sin ver, sin noción de nuestro movimiento, borrachos de absurdo, de amor y de fe.

Y Eulalia no dejó de asistir a ninguna fiesta en que se diese halago a la vista. Y un día me dejó, por hacer un viaje a través de Europa, como esas gentes que van a ver tierra. Aún conservo el papel de un telegrama que, firmado por su padre y procedente de Dresde, dice:

HOY, GALERÍA REAL, FRENTE AL CUADRO DEL GRECO «JESÚS CURANDO A LOS CIEGOS», EULALIA HA RECOBRADO LA VISTA.

Creí enloquecer de alegría al leer la noticia, y hoy creo que voy a enloquecer de pena, porque Eulalia no ha vuelto y no la he de ver ya nunca.

Mauricio BACARISSE

LA NUEVA ESPAÑA SAGRADA

Casa de enfermos de amor

Hoy es un piadoso colegio; pero antes, mucho antes, este edificio, piadoso también en sus orígenes, ha servido para curar o aminorar las dolencias de los pobres enamorados.

La pluma más delicada de la España del siglo XIX, uno de los claustrados voluntarios en este monasterio, nos pinta a grandes rasgos lo que era en 1864.

«Nada—dice—más hermosamente sombrío que este lugar. Por un extremo limita la vista el monasterio con sus arcos ojivales, sus torres puntiagudas y sus muros almenados e imponentes; por el otro, las ruinas de una pequeña ermita se levantan al pie de una eminencia sembrada de tomillo y romero en flor.»

Estamos al pie del Moncayo. El aire es puro, sutil, lleno de empuje, pero impregnado de todos los perfumes saludables y balsámicos que, fortaleciendo el pecho, avivando la vida, centuplican la energía y hacen correr sin tumulto la sangre por las venas.

Veruela pertenece al término de Vera, diócesis de Tarazona, provincia de Zaragoza. Está situada a la izquierda de un río, el río Huecha, que fecundiza la tierra, llenándola de frutos, y embellece el paisaje con el correr de sus aguas.

El monasterio, de estilo bizantino, fué fundado en el siglo XII por un príncipe aragonés, hijo de una alta señora que lleva el mismo apellido de nuestro sabio Cajal.

Los Cajales fueron siempre ilustres en el alto Aragón; fundadores con bloques de piedra y con bloques de ideas.

El monasterio fué la estancia de los primeros cistercienses en España. Lo apartado del lugar, la salubridad del sitio, la sencillez de los coterráneos y el encanto del silencio predisponían entonces, aun más que ahora, a la elevación del alma y a las conversaciones celestes.

Y como donde se puede ver a Dios se pueden curar las almas, sucedió que aquel sitio fué escogido por el más enfermo y enamorado de los hombres para la salvación de su cuerpo y como estación de partida para buscar luego la de su alma.

El seglar que a fines del siglo XVIII acudía a las puertas del monasterio, necesitaba verdaderamente salud. Alto, guapo, simpático, Don José Pignatelli y Gonzaga, marqués de Mora, hijo de los condes de Fuentes, llegaba destrozado y maltrecho de París, donde un amor loco, apurado hasta las heces, consumiéndole la vida, demacrándole el semblante, cortándole la color, haciéndole arrojar sangre, le llevaba a ocultar su gallardo continente de otro tiempo.

No llegaba a los treinta años.

Su amada de París, la señorita Julia Lespinasse, menos bella que él, le llevaba doce años, y muchísimos más en la mundana experiencia necesaria para la vida. Con el mismo corazón, con la misma voz melodiosa, con aquellas mismas maneras de hermana mayor, de resignada enfermera de un enfermo de cuidado, tenía enamorados al director de la Enciclopedia, el famoso D'Alembert, y al coronel Gaibert, al mismo tiempo que al ya envejecido joven marqués de Mora.

No es para aquí la historia de la señorita de Lespinasse, que Julio Janin y luego Charles Henry han ilustrado con la mayor fortuna. Se la recuerda sólo por la parte que tuvo en el fin prematuro del marquesito español, que si bebió el amor últimamente en aquellos labios, lo bebió ya embriagado por muchas libaciones anteriores, en dondequiera que estuvo.

«Era el marqués de Mora—dice el padre Coloma en un estudio que le ha dedicado—uno de los libertinos que mayor fama han dejado en las cortes de Madrid y Versalles; corrompido en sus costumbres, pervertido en sus ideas, hermoso en su aspecto, seductor y elegantísimo en su lenguaje, tratos y maneras.»

En el monasterio de Veruela no pudo permanecer mucho tiempo. Su médico de París, el doctor Gorry, enciclopedista y amigo de la señorita de Lespinasse, no podía confiar mucho en la cura de altura que se había propuesto el marqués, y menos al sospecharla pareja con algunos ejercicios religiosos por la naturaleza del sitio.

El marqués, por estas cosas y otros nuevos deseos de amar más intensamente, como el que ha de morir muy pronto, dejó el santo y saludable retiro y marchó a Burdeos, donde falleció el 27 de mayo de 1774.

El doctor Gorry, posiblemente creyó que, *españolizado* de nuevo «el bueno de D. José», había empeorado por los ayunos y las penitencias que hubiera de cumplir en el monasterio. Y nada menos verdad porque el santo varón Fray Antonio José Rodríguez, más médico todavía que santo—y parece que lo van a poner en los altares—, lo primero que le dijo fué que atendiera a su cuerpo y que luego le diera un tesoro.

El curioso enfermo de amor que acudió primeramente al monasterio de Santa María de Veruela, ciertamente no se curó; pero es que llevaba una enfermedad mucho mayor dentro del cuerpo, y cuyas ramas tocaban ya en el alma. El método terapéutico era demasiado radical y operó en poco a la precipitación del desenlace.

Tampoco se curó el segundo enfermo que acudió igualmente por extraña coincidencia, casi un siglo después, al mismo monasterio, casa de enfermos de amor, pero no de amor mundano, como creyeron ambos refugiados, sino de amor divino, como hubieron de adivinarlo, por iluminación de lo alto, los humildes religiosos de la casa.

Gustavo Adolfo Becquer, enfermo y herido en lo más íntimo del cuerpo, se curó en apariencia; pero no fué sanado por entero. Era tan incurable como el marqués de Mora, pues si no había entregado su cuerpo a los excesos de la carne, el delicado poeta, en un ansia loca e ideal, por segunda visión de su raza (comportando el tibio y borrado sol de Holanda lo mismo que el santo impío Benedito Spinoza sacrificando su alma en aras de la Substancia Suprema, llevándola a las horribles orgías de fingirse él mismo Dios al mirar la naturaleza) llegaba de colorido también al monasterio y en grave riesgo de morir.

Le acompañaban su mujer y su hermana.

Ocupó probablemente la misma celda que el desgraciado marqués, y el sucesor de aquel santo Fray Antonio José Rodríguez (si no santo también, por lo menos sí sabio) dijo al nuevo religioso voluntario las mismas palabras que su predecesor:

—Atienda, hermano, a su cuerpo, que luego le daré un tesoro.

Y he aquí que el poeta, en su vagar por los alrededores del monasterio, supo de unos pastores que había realmente un tesoro enterrado en aquellos sitios. Y fué a buscarlo con su hermano Valeriano.

Se dice que lo hallaron; pero no pudieron trasportarlo por exigir demasiados trabajos.

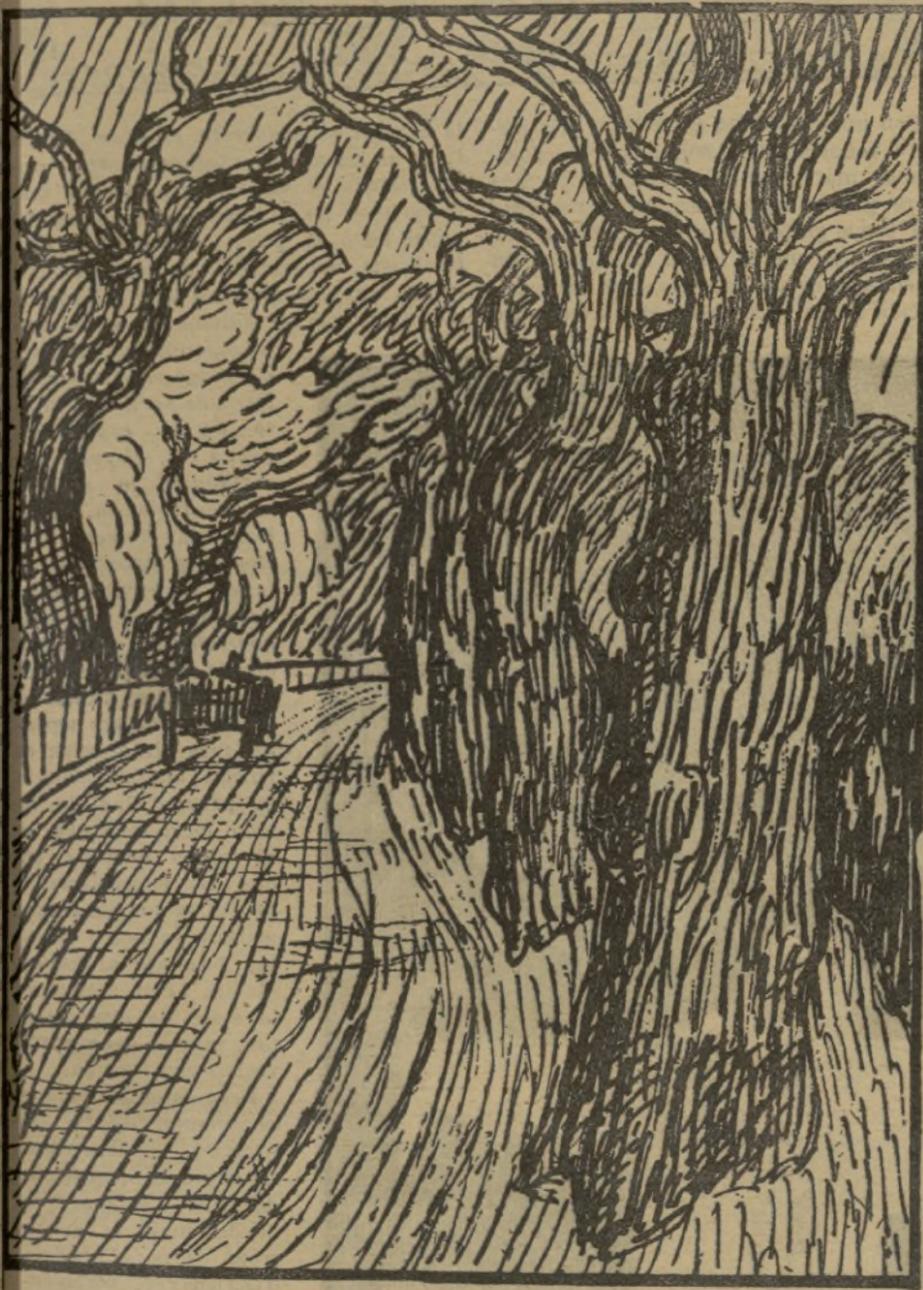
¿Fué ello verdad? El hecho es que, dando el tiempo, todavía el pintor Benigno Rico hablaba del tesoro de Becquer a fines del pasado siglo, y afirmaba también su existencia, aunque jamás lo hubiera visto.

El poeta escuchó un poco más que el marqués las palabras del maestro; pero tampoco ahondó en ellas.

Se dice con malicia que más las hubieron entendido los padres de la Compañía, quienes pertenece ahora el monasterio, pero eso no es verdad. Hay en Veruela un tesoro real para consuelo de las almas enamoradas, y es una casa para los enfermos de amor; pero de un amor más alto y elevado que este amor hacia las cosas terrenas; y es lástima que quien sabe deje de visitar este soberbio rincón de la nueva España Sagrada, donde puede de verdad hacerse una gran cura de altura.

Rafael URBANO

AÑO LÍRICO



EN CADA HOJA

No escribas de los campos. Sólo viste
en tus pardas llanuras el madroño
que sol y cierzo y aridez resiste;
en las tierras feraces no seguiste
el proceso del brote y del retoño,
y no puedes saber cómo el otoño
es en los campos hondamente triste.

En la pompa que sueñas, en la roja
coloración en que se ve teñida
la selva verde ayer, hay la congoja
y el temblor de la eterna despedida:
en cada hoja
que vuela por los aires desprendida
del árbol secular, cae una vida...

NO, NO ES TRISTE LA NIEVE...

No, no es triste la nieve. Pláceme su blancura;
hasta en la misma noche con claridad fulgura.
Lo fúnebre es la niebla, y como gasa oscura,
ennegreciendo el día, tenebrosa perdura...
¡Oh, fulgor de la nieve en las canas del año!
¡Oh, nieblas de tristeza, sombras de desengaño!

Francisco A. de Icaza.

REVERDECE

Rama triste,
retorcida de dolor,
ya Primavera te viste
de verdor.

Abril perfumado avanza,
vuelve el pájaro cantor,
y es color de la esperanza
tu color.

MAYO QUE FUÉ

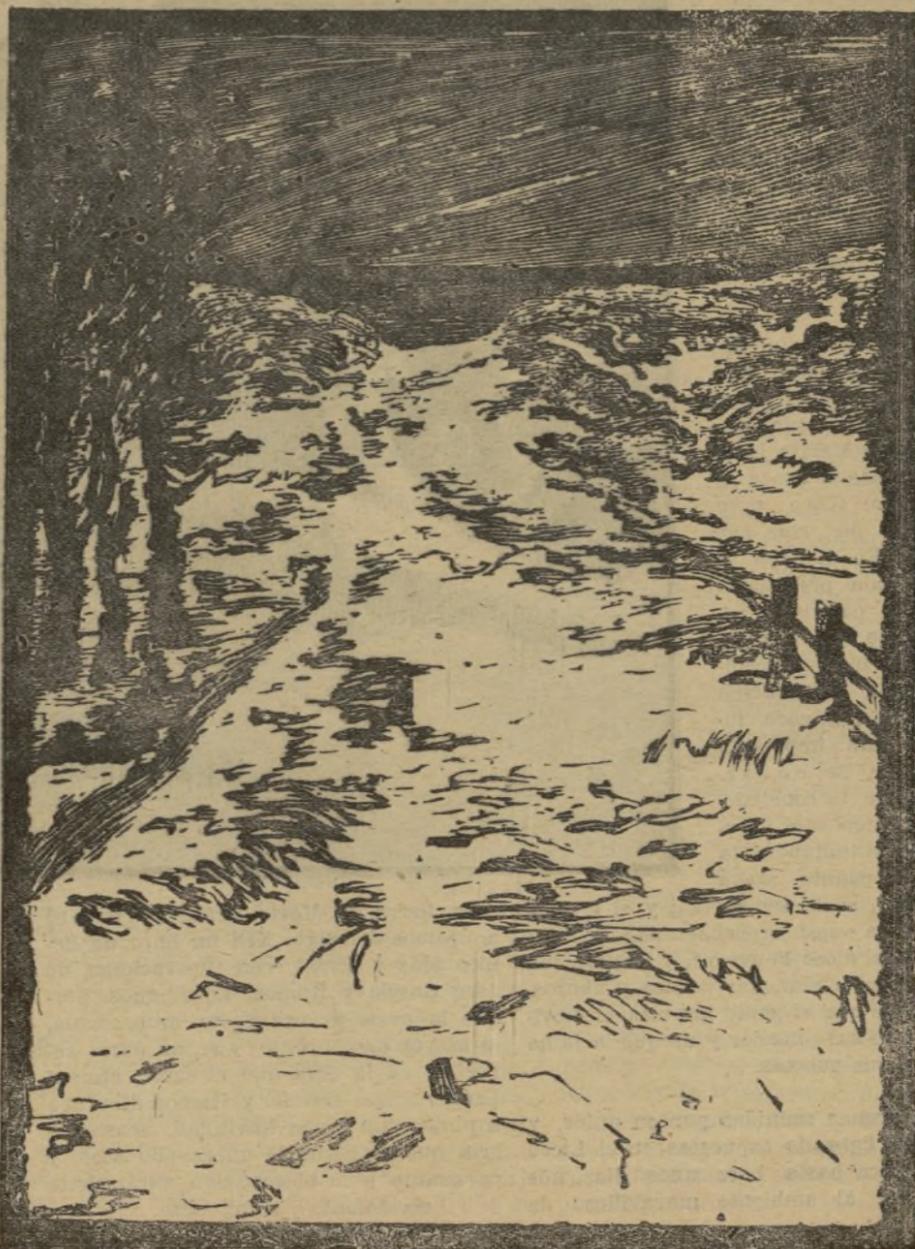
¡Oh cuán breve primavera!
ayer era,
hoy no es ya;
fue la dicha pasajera
que se va...
Fue lo porvenir soñado,
que, casi sin ser presente,
brevemente
es pasado.

CALMA ESTIVAL

En el agua transparente
el color está dormido,
y se adormece el sonido
en la calma del ambiente.

Ni un rumor; sólo se siente
tenue y oculto latido
de las alas en el nido
y del correr en la fuente.

Una sensación de olvido
nos envuelve dulcemente,
y la vida sólo deja
un sueño que la semeja:
es en la fuente un murmullo,
es en el nido un arrullo
y en la mar es una queja.



La Sevilla de Martín León

A fines del año 1918, vimos por primera vez dibujos de D. Andrés Martín León. Teníamos alguna noticia de este artista sevillano, y en la exposición de dibujos que celebró en Madrid, pudimos advertir que se nos había informado bien acerca de sus cualidades. Pero lo que entonces era una promesa, lo hallamos ahora mejor constituido; una labor paciente, contra la natural impaciencia juvenil, le ha sujetado durante ese tiempo, y así, hoy se nos presenta más hecho y definido dentro de la tendencia por que al principio se manifestaba.

Estamos hartos acostumbrados lo mismo a la rutina obstinada de ciertos profesionales que a los cambios veleros de otros que, por lograr el favor del público, buscan precisamente aquello que no sienten. El cultivo del arte ha de ser en tales sujetos cosa infecunda, porque carece de estímulos ideales y se cifra, ya en una manera, ya en varias, mas todas ellas limitadas a la superficialidad.

Don Andrés Martín León procede de suerte distinta. Su tierra—la tierra de María Santísima—, tan rica en sugerencias, se ha impuesto en él como algo substancial, y a traducirla, en cualquiera de las derivaciones bellas con que su espíritu, sus formas y sus tonos se diversifican, aplícase con afán y con disciplina.

El costumbrismo suyo recurre, con más frecuencia que al color, al dibujo. El pintor—y el señor Martín León pinta—cede la plaza al dibujante, caso poco común, que conviene alabar. En España se nace con predisposición de colorista; un muchacho, con la paleta en la mano, sacrificará la apreciación de la forma para lograr una impresión agradable de color. Apurar en la construcción, contentarse y recrearse estudiando la línea y cuanto atañe al dibujo, suele ser rareza; y si el consejo de la vejez experimentada lo recomienda, el mozo lo desoye, y tórnase con más ahínco a manchar lienzos y lienzos, seguro de que el genio impulsa el movimiento de sus pinceles y de que la fama llama a sus puertas.

Las escenas reunidas por su autor, y que han figurado expuestas en el Liceo de América hasta hace unos días, nos trasladan al ambiente maravilloso de

Sevilla, paraíso de los sentidos y deseo vehemente del alma en primavera. Fiestas y ferias, lo sagrado y lo profano, mézclanse allí de modo tan particular, que a pesar de las repetidas interpretaciones que lo divulgan, posee la virtud de la sugestión. El mundo entero lo sabe, y al buscarla en Sevilla la encuentra.

Con un sentido del color local más justo, el señor Martín León dota a sus páginas de una vida y de una animación más libre y más espontánea. Si el recuerdo del Goya grabador le acompaña, no se crea que es uno de tantos imitadores. En el enfoque de un episodio, o en la distribución de las masas para el claro-oscuro,

la España de pandereta, el señor Martín León no los altera substancialmente; antes respeta el valor originario con que a sus ojos los ofreciera la realidad. El papel suyo es, pues, de verdadero costumbrista, fiel anotador de lo típico. Una íntima complacencia por fijar los rasgos característicos se adivina en cada uno

de sus dibujos: la Cruz de mayo en Triana, la Feria de Sevilla, el Cristo de la expiración, ¡agua val!, el palo, los sevillanos, la suegra, el columpio, en plenitud, la Romería de Rocío, gitanos en feria, la Virgen de la Esperanza, la ronda de garrochistas, el domador de caballos, etc. etc. La ciudad en fiestas en alguno de sus aspectos más pintorescos; un rincón amable, donde la peculiaridad de la vida local se acoge, el campo andaluz, que las reses bravas de ágiles movimientos acusan su noble silueta, brindan al señor Martín León abundante serie de inspiraciones, que él sabe aprovechar con fortuna.

Pero entendemos que el dibujo, según la práctica, debiera destinarse a la ilustración del libro. La labor que queda limitada a un trozo de papel, podría difundirse, verbigracia, comentando gráficamente las obras teatrales de los hermanos Álvarez Quintero.

También el señor Martín León, si se dedicase al aguafuerte, daría la calidad de su arte, es de esperar que acrecería su personalidad.

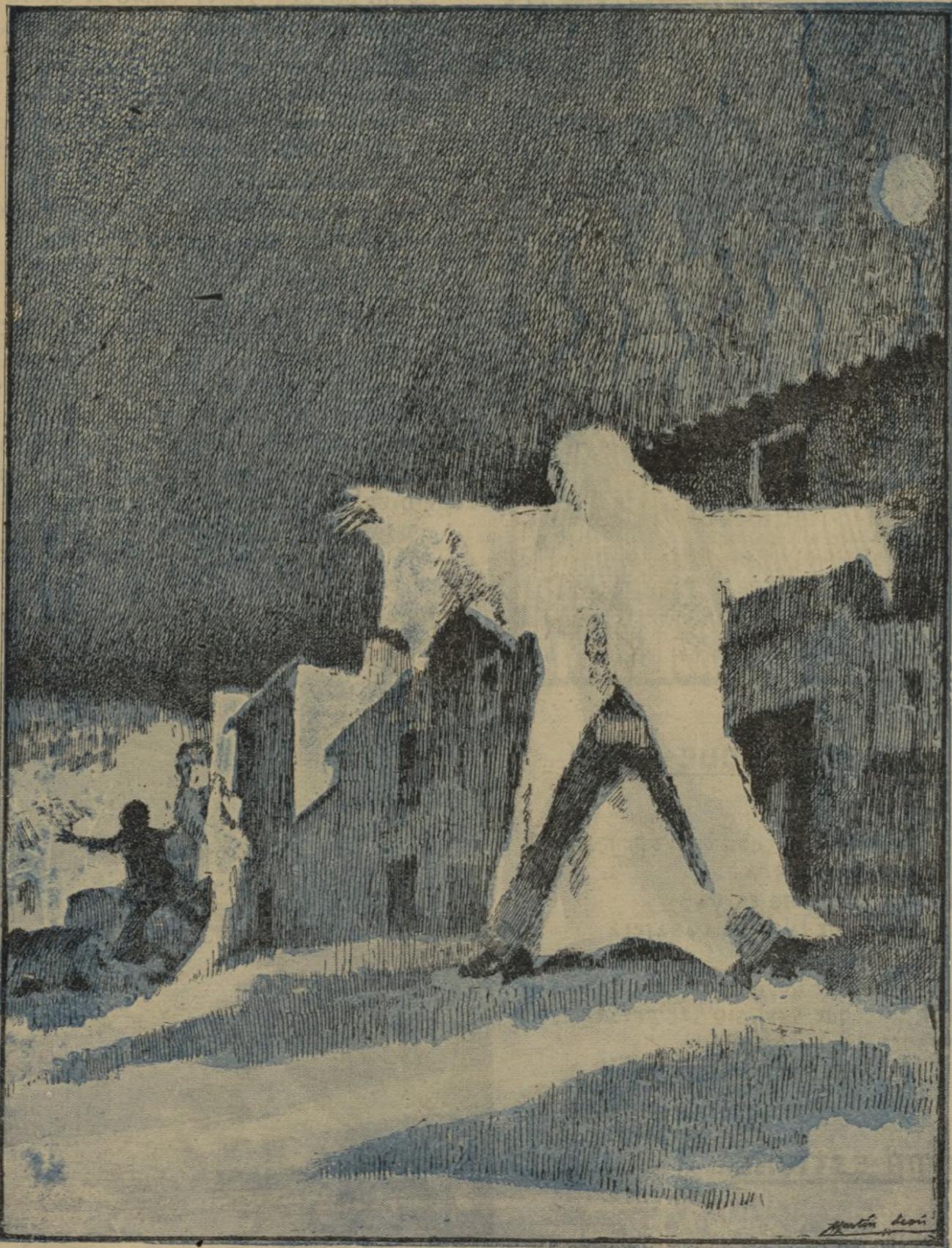
Se ha señalado por alguien la semejanza entre ciertas escenas suyas y otras del fácil y repentista Ricardo Marín. Analogía que añadiremos nosotros, se refiere más a lo externo que a lo interno. Ambos persiguen con la línea el provocar la sensación de color. Mas Ricardo Marín esboza más para sugerir que para concretar. En cambio el señor Martín León refrena los impetu

de lápiz y construye más.

Lo que no comprendemos es que se le haya comparado con Daniel Urrabietxe Vierge, a quien o no conoce, o apenas si ha estudiado.

De continuar por el camino que de unos años acá viene recorriendo, y si no cede al preciosismo mayor espacio del que hasta aquí, no habrá duda, contaremos con un maestro ilustre y capaz de más levantadas empresas.

Angel VEGUE Y GOLDONI



La tierra de María Santísima inspiró a últimos del siglo XIX un libro de Benito Más y Prast, con ilustraciones de José García y Ramos. Lo citamos, porque la parte gráfica es un antecedente, el mayor de conjunto y en no pocos aspectos, de la obra que el señor Martín León realiza. García y Ramos dibujaba a pluma con suma habilidad; acaso habría que reprocharle un rayado seco, y en cuanto a la observación, un prurito de rebuscamiento y de agudeza.

aparece, prudencial y orientadora, la influencia goyesca. En la dicción, el artista acomódase a la visión que el asunto le dicta; el procedimiento—pluma sola o sobre leve manchado de aguada—no traiciona con habilidades y tranquilos los fueros de la expresión; dígallo, por vía de ejemplo, *El fantasma*, que al efecto reproducimos.

Si los motivos son los mismos de la Andalucía convertida en artículo para

TOLÓN Y TILÍN

Tolón y Tilín eran dos hermanos mellizos. Tolón era hipócrita, envidioso y holgazán. Tilín era leal, cariñoso y trabajador. Tolón, en el fondo de su alma, aborrecía a su hermano. Tilín adoraba al suyo, a quien creía tan bueno como él.

Cuando el padre de Tolón y Tilín murió, dejó a sus hijos una choza, un azadón y veinte monedas de oro, penosamente ahorradas. Tolón se apoderó en seguida del dinero, y no se ocupó más que en derrocharlo alegremente. Tilín cogió el azadón y se dedicó a cultivar la tierra y a vivir del producto de su trabajo.

Cuando Tolón se quedó sin un céntimo, ordenó a su hermano que abandonase la choza paterna y se fuese con él a buscar fortuna. Tilín obedeció como siempre, y los dos echaron a andar carretera adelante.

Una tarde llegaron a la entrada de un bosque y se detuvieron maravillados: ante ellos erguían sus tallos tres azucenas enormes, y de cada una surgía una bolita de metal precioso: una era de oro, la otra de plata, la otra de platino.

—¡Qué bien!—exclamó Tolón—. Voy a coger esas bolas; iré a venderlas, y así tendré dinero.

—¡Déjalas!—suplicó Tilín—. ¡Son tan lindas estas azucenas!

Tolón, furioso por esta resistencia, dió a su hermano tal puñetazo que lo tumbó en el suelo; luego, destrozando despiadadamente las flores, se apoderó de las bolitas de metal y huyó, dejando a Tilín desmayado.

Al cabo de unas horas, el rocío de la noche reanimó a Tilín; abrió los ojos y quedó maravillado: las tres azucenas crecían, crecían, y se transformaban en tres hadas rubias, vestidas de blanco y coronadas de flores. Y las tres se acercaban a él y le rodaban, cantando:

«Escucha, Tilín bondadoso,
nuestro secreto asombroso,
Con tres palabras, no más,
tres grandes dichas tendrás».

Entonces, la primera extendió el brazo y dijo:

«Babalibali,
la fortuna es para tí».

Y se esfumó por el aire como un ligero vaho blanco.

La segunda extendió la mano y dijo:

«Babalibalá,
todo mal se curará».

Y se esfumó como la primera.

Y la tercera extendió el brazo y dijo:

«Babalibalón,
un infante juguetón».

Y desapareció como sus compañeras. Tilín no era ambicioso; menos por avaricia que por curiosidad, para probar la virtud de las palabras que acababa de oír, dijo en voz alta y clara: «Babalibali». Entonces tropezó con algo que salía de la tierra: era una anilla de hierro; tiró de ella y levantó una losa, que dejó al descubierto una escalerita; bajó y se halló en una cueva repleta de enormes cofres de bronce; alzó la tapa de uno de ellos: estaba lleno de oro; abrió otro: rebosaba perlas; otro contenía brillantes; otro, piedras preciosas de color, y así todos. ¡Tilín era dueño de una fortuna fantástica, incalculable!

Tan bueno era, que su primer pensamiento fué el de hacer compartir a su hermano su hallazgo; después de coger

solamente una a tres cuantas monedas, lo dejó todo según estaba y se fué en busca de Tolón.

Andando, andando, llegó a la capital del país, y notó que allí reinaba una gran desolación; la gente lloraba y se lamentaba; la agitación era notable, sobre todo en los alrededores del palacio real. Tilín vió que por una puerta del palacio iban entrando, con aire de «perdonavidas», señores de luengas barbas, gorros puntiagudos y enormes gafas redondas; y por otra puerta salían señores idénticos a éstos, pero cabizbajos, cargados de cadenas y escoltados por guardias y soldados.

Y era que la hija del rey, la encantadora princesita Dorila, se hallaba enfer-



En su cama de concha clara, la princesita Dorila, más pálida que los encajes de su almohada y con sus manecitas exangües extendidas sobre la colcha de damasco rosa, bordada en plata, se moría. Tilín se acercó, colocó su mano sobre la frente de la augusta enferma y, con voz alta y clara, pronunció la

palabra mágica «Babalibalá».

En el acto, Dorila abrió los ojos, sonrió y dijo alegremente:

—¡Ay! Papaíto, ¡qué hambre tengo!
Estaba salvada.

El soberano estuvo a punto de ahogar de un abrazo al salvador de su hija; le ofreció la mano de la princesa, su corona, sus tesoros, ¡qué sé yo! Pero Tilín contestó:



ma, moribunda, y el soberano había prometido la mano de la princesa a quien la salvase, condenando a muerte a todo aquel que fracasase en la empresa. Los señores de los gorros puntiagudos eran médicos del reino, que por una puerta entraban y por la otra salían conducidos al patíbulo después del fracaso.

Ya habían desfilado por la cámara de la princesa varios miles de doctores y se habían verificado en la plaza mayor de la ciudad varios miles de ejecuciones capitales, cuando Tilín se presentó al portero del palacio para intentar la prueba. Como no tenía ni gorro alto, ni barba, ni gafas redondas, le miraron con cierto desprecio, pero le dejaron pasar,

—Sumamente agradecido por las ofertas de vuestra majestad, acepto con gusto la mano de la princesa, de quien me he enamorado desde que la ví; pero rechazo la corona, porque no tengo vocación para el oficio de rey; y rechazo los tesoros reales, porque mi fortuna sobrepasa a la de vuestra majestad.

La boda se celebró con gran pompa, y después Tilín condujo a su cueva fabulosa a unos cuantos servidores, a quienes cargó con sus preciosos cofres de bronce, que fueron depositados en su castillo ducal, pues, a instancias de su suegro, Tilín se había dignado aceptar el título de duque y un castillo magnífico, donde se instaló con la princesa Dorila, su esposa.

A todo esto, el duque Tilín no se olvidaba de su hermano; indagando, logró averiguar su paradero. Tolón se hallaba en la cárcel, adonde le habían conducido un sinnúmero de fechorías. Tilín le sacó del calabozo, le trajo a su castillo y le colmó de atenciones y de regalos.

Pasó un año, y otro y otro. Tilín y Dorila no tenían descendencia, lo cual les desesperaba. Tolón se alegraba, pues así resultaba él heredero único de la fortuna de su hermano, a quien, además, tenía proyectado asesinar, así como a su cuñada, para heredar más pronto.

Una noche en que el duque se paseaba solo por el campo, recordó súbitamente las palabras de la tercera hada-azucena, y dijo en voz alta y clara: «¡Babalibalón!». En el acto apareció ante él un horrible gnomo, vestido de verde y rojo. ¡Cielos! ¿Sería aquél el «infante juguetón» prometido? Pero, no; el gnomo se le acercó y le dijo:

—Sube a la montaña de las Rocas Negras; en su cima hay un abismo, al que descenderás por medio de esta escala de seda; serás acogido por seis perros monstruosos, que te devorarán si no los aplacas por medio de estas seis tortas de miel; en el fondo del abismo mora el mago Pachón, al que pedirás de mi parte—soy el gnomo Verdulín—el hijo que deseas.

El gnomo desapareció, y Tilín volvió corriendo a su castillo a anunciar la buena noticia a la duquesa, que se alegró mucho, y a Tolón, que disimuló una mueca de rabia.

Al día siguiente, el duque partió para la montaña de las Rocas Negras con su hermano, que se había empeñado amablemente en acompañarle para llevar la escala de seda y el saco con las seis tortas.

Durante el camino, Tolón cortó con su puñal uno de los tramos de la escala y reemplazó las tortas por otras tantas piedras.

—De este modo—pensé el malvado—, si mi hermano no se rompe la crisma al descender por la escala rota, será devorado por los perros al llegar abajo. De todos modos, la fortuna es mía.

Al llegar al abismo, Tilín abrazó a su hermano, que le prometió esperarle allí, luego sujetó la escala al borde con una estaca, cogió el saco y empezó a descender. Pero he aquí que estaba tan impaciente, que iba saltando los tramos de seda de dos en dos; así no pisaba más que en los pares, y como el tramo cortado era el undécimo, no cayó en el vacío: tan pronto como oyó el ladrido de los perros, arrojó lo que él creía que era una torta, y la piedra dió a uno en la cabeza y lo mató; arrojó sucesivamente las cinco piedras restantes, y cada vez mataba a un perro; cuando ya no oyó nada, echó pie a tierra y vió los perros muertos; creyendo que dormían, entró en una sala extraña, toda tapizada de acero, donde halló al mago Pachón, leyendo un libro de brujería.

Después de saludar a su visitante y escuchar su petición, el mago encendió una hornilla, puso encima una retorta de barro, llena de agua, y echó dentro un puñado de cenizas, tres pelos de su barba, un grano de trigo y una uña de águila; luego pronunció ciertas palabras misteriosas; el agua se consumió en seguida; en el fondo del puchero sólo quedaba una almendra, envuelta en su cáscara verde. El mago se la entregó a Tilín.

—Siébrala en un tiesto de tu jardín—

le dijo—. Dentro de un año saldrá una flor; luego, una fruta, que se abrirá, y en ella hallarás el infante deseado.

Tilín, loco de alegría, perdió apenas tiempo en dar las gracias y salió corriendo; al pasar junto a los perros, encontró su sueño anormal; se fijó, y vio que los había matado; tal susto se llevó, que, con el miedo de que el mago descubriese lo que había hecho, subió la escala de seda saltando los tramos de tres en tres, de suerte que tampoco esta vez pisó el undécimo, y así llegó arriba sin dificultad. Le sorprendió no ver allí a su hermano aguardándole.

—Sin duda—pensó—me he entretenido demasiado y ha ido al castillo a tranquilizar a mi mujer.

Lo que había ocurrido era que Tolón había vuelto al castillo anunciando a todo el mundo que el señor duque había caído en un abismo y había sido devorado por los lobos. Luego, se declaró dueño de todo y mandó encerrar a la duquesa en una torre para que se muriese de hambre.

Los servidores estaban desesperados por la muerte de su buen amo y por la maldad de su nuevo señor; pero no había

más remedio que obedecer, y, a pesar de sus lágrimas, la pobre Dorila fué encerrada en una torre oscura, húmeda y llena de ratas.

En aquel momento apareció el verdadero duque; se armó una algarabía de mil diablos, porque, en medio de la alegría y de las aclamaciones, todo el mundo quería explicarle a la vez lo sucedido. Tilín quedó atónito ante la infame traición de su malvado hermano, y Tolón, al verse descubierto, sintió tal rabia, que se atravesó de parte a parte con su espada. Os aseguro que nadie pensó en llorar su muerte.

La dulce Dorila fué sacada de su torre y cayó en brazos de su esposo. A Tilín le faltó tiempo para sembrar en un tiesto de albahaca la preciosa almendra.

Al año, apareció una flor azul; luego, una fruta hermosísima, que se abrió, dejando paso a un nene de lo más bonito y regordete que cabe imaginar.

El duquesito fué bautizado con el nombre de Talán, y se pareció en todo y por todo a su padre Tilín, y en nada, por fortuna, a su tío Tolón, de funesta memoria.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«Amiel», por Salvador Albert

ESTE libro es un devocionario; un devocionario filosófico. No puedo expresar más exactamente la tonalidad del amoroso comentario marginal que Salvador Albert ha dedicado al *Diario íntimo* de Enrique Federico Amiel. Pertenece el libro a la producción catalana de su autor, y está editado por *La Revista*, de Barcelona.

No creo que Amiel pudiese encontrar en España comentarista más apto para la percepción directa de su alma, más allá de la letra, más allá de la visión meramente literaria, que puede empañar la esencia de aquel autor personalísimo y representativo. No me atrevo a afirmar que haya una similitud de tendencias entre el espíritu del comentador y el del comentado, porque Albert no rehusó nunca el intervencionismo vital y cívico; pero si ahondásemos en la naturaleza de su temperamento filosófico, en su inquietud religiosa, le encontraríamos una comunidad de estirpe con el *ginebrismo* de Amiel.

¿Ginebrismo? No hallo sustitución posible para expresar lo que quiero decir con esta palabra. Hay ciudades coágulos, donde se funden culturas opuestas, como en cráteres alimentados por subterráneas venas de fuego, de ignoradas procedencias. Batallas de espíritus se libran en esos álveos de culturas nuevas, o mejor, de matriarcados nuevos para la cultura personal y esotérica de los solitarios, de los escogidos. La disquisición mental no tiene en esas metrópolis la plañidez con que transcurre en las ciudades plenamente representativas de un solo esfuerzo racial. El espíritu, en aquellas, abandona la reposada contemplación atenaica; los valores sentimentales y éticos predominan sobre los puramente racionales; el Dolor, como elemento de lucha, como formidable antagonista del Hombre, adquiere toda su potencia fecunda y aun su misteriosa divinidad remota.

Alejandro fué una de esas ciudades, porque en ella se verificó la fusión (lucha y connubio a un tiempo) entre Oriente y Grecia; fusión que, más adelante, Nápoles continuó.

Toledo fué otra de esas ciudades, tálamo nupcial de judaísmo y cristianismo, como lo hubiera sido Granada para las

dos culturas mahometana y cristiana, sin la obra de destrucción que en ella consumió Cisneros.

Ginebra, ciudad ambigua, colocada entre el mundo germánico y el latino, confluencia de tres naciones, fecundada por corrientes invisibles como la que atraviesa su lago confundiendo sus aguas con las del río de los trovadores y los albigenses, parecía predestinada a producir un tipo mixto de espiritualidad, cuyos ejemplares, sometidos a la acción de esa primaria incertidumbre, sufriesen una atrofia de sus facultades activas en provecho de las agudísimas facultades contemplativas. También entre las ciudades hay sus Martas y sus Marías. Hamburgo no es Ginebra. Génova no es Tübinga...

¿Será necesario recordar que Rousseau y Amiel son los dos más típicos productos de aquella duplicidad tormentosa? Si quisiéramos descubrir algún ascendiente en esa estirpe de almas, acaso podríamos encontrarlo en un extranjero que sufrió en Ginebra su martirio: me refiero al español Miguel Servet, poseído a la vez de heretismo y paganismo, un poco a la manera de las viejas escuelas alejandrinas; por ello Servet debía chocar, inevitablemente, con el alma sombría, monomorfía y semítica del picardo Calvino.

«Si Amiel es comparable a Hamlet—dice Albert—, lo es también y con mayor razón a Faust.» Yo veo en estas palabras el propio concepto de las ciudades bifrontes o de alma doble, transferido a las personas. Hamlet y Faust, padres del alma moderna, son cumbres misteriosas hacia las cuales suben vertientes de opuesta vegetación, como lados de un triángulo mágico y fatal. Sobre todo Faust, hervoroso de contemplación y acción, de añoranza clásica y turbulencia romántica.

Pero en Amiel se realizaba un fenómeno de reintegración más alta todavía en las lejanas fuentes de la raza, ricas aún de todas las corrientes que la historia había de multiplicar en el amplísimo delta de la cultura aría. Porque Amiel, como en un anticipado Nirvana, se reasume en las profundidades teológicas de la India; y en su boca recobran el sentido olvidado los venerables símbolos.

«Flor de loto, nacida bajo el cielo de Occidente», como le llama Albert, asemejándolo en ese concepto a Shelley. E indudablemente las mejores páginas del volumen son las consagradas a fijar esa progenie védica. Hay en ellas toda una modalidad del misticismo, muy interesante porque representa lo que podríamos llamar su forma unitaria o panteísta: la identificación con Dios; no ya el diálogo directo o el desposorio con Dios, al modo cristiano, al de Raimundo Lulio o Santa Teresa, misticismo de origen semítico (arábigo o judaico), y, por lo mismo, teológicamente dualista.

¿No preconizó Amiel que el fin de la vida es ser divino? Para los que vemos en la vida de la Humanidad y de los hombres un deber continuo de ascensión a una superior conciencia, Amiel se nos presenta, no como el autor de una obra inmortal, guerrero herido en el combate con la Esfinge; sino como el autor de su propia vida, de su esfuerzo ejemplar, uno de los más admirables esfuerzos que jamás haya podido acometer un hombre para remontarse desde su humanidad a su divinidad.

Y aquí llegamos a otro profundo sentido de confluencia de opuestas corrientes, que tuvo en Amiel, como en todos los representantes del idealismo filosófico de Alemania, un gran impulsor: me refiero a la integración del cristianismo en la herencia laica y en la ciencia positiva. Esa vasta labor forma a modo de una nueva Iglesia, no dogmática, sino idealista; una interpretación esotérica del cristianismo. «La nueva filosofía—observaba Barthélemy Saint-Hilaire, citado por el autor,—se ha puesto a interpretar simbólicamente la religión cristiana con toda la libertad que empleó la Escuela de Alejandría en la explicación del politeísmo.» Así, se integra Amiel en lo que llamaríamos moderna epopeya filosófica, o sea el esfuerzo por universalizar de nuevo el sentido religioso; epopeya cuyo más puro representante actual es Rodolfo Eucken.

Como todo profundo sentido religioso, el anhelo de depuración mental y estética genera en Amiel una fuerte textura ética. La idea de justicia llega en él a su

plena objetividad divina, con absoluto apartamiento del interés humano; con la vista fija únicamente en lo ideal, «momento eterno de las cosas pasajeras». Y su visión en cuanto a la patria, desde esa cumbre de integración cósmica y sobrehumana, fué el despego y la condenación que por aquel sentimiento experimentaron los hombres de su raza espiritual.

¿Fué un pesimista? No; como no lo fué Rousseau, a pesar de su misantropía. Dedicó Albert unas bellas páginas a la comparación entre la soledad de Amiel, fundada en la dignidad ante los hombres, y la de Leopardi, fundada en la indiferencia hacia los hombres. Amiel se salva por su abolengo estoico, con el cual se sobrepone a su dolor.

Acude a mi memoria la sugestión del nombre de otro gran solitario: Nietzsche, heredero también de la tradición estoica. Esos tres solitarios encarnan momentos bien diversos de la lucha con el dolor: Leopardi, el abandono, el desconsolado y eterno soliloquio; Amiel, la victoria personal; Nietzsche, la conversión del dolor en arma de agresión y triunfo. ¿No representa precisamente Nietzsche una etapa posterior del arianismo, la etapa de acción zoroástrica, más allá de la etapa de contemplación búdica? Pues esa es también la representación del tránsito desde Amiel a Nietzsche.

Nunca olvidaré, querido Albert, la velada en que acudisteis a mi retiro ampurdanés para ofrecerme el regalo de las primicias de ese libro piadoso. La noche voló, suave y propicia, sobre vuestra lectura. Y la gran sombra evocada juntóse a nosotros como una confortación para nuestras comunes y ásperas luchas...

¿Cómo podría cerrar este comentario a vuestro comentario? Amiel pasó, como decís, entre dos infinitos: el Todo y la Nada. Pero lo mejor de su alma persistió inasequible al profano esfuerzo de nuestro escolio; porque, como él mismo escribió, «lo más precioso de nosotros mismos no se muestra jamás; y nosotros mismos permanecemos fuera de nuestro misterio...»

Gabriel ALOMAR

TEMAS TRASCENDENTALES

Las postrimerías de la barba

Aún hay algunos señores que llevan barba; pero, ¿verdad que hace un poco anacrónico ahora un rostro varonil envuelto en esa especie de bufanda de pelos, que tomó su nombre de los invasores de Roma?

Y digo rostro varonil, porque las pocas mujeres barbadas que hay por el mundo gusta siempre verlas; ellas pertenecen por derecho propio al mundo de lo fenomenal, y a los fenómenos, ya lo sean de barraca de feria, ya de salón de sesiones, se les ve siempre con interés, aunque haya que pagar algo por la entrada.

Yo recuerdo aún aquellos tiempos felices en que el hombre afeitado inspiraba poca confianza. Signo de hombría y de emancipación individual, veíanse entonces ejemplares de barbas realmente preciosas. La barbita recortada y en punta, a lo don Juan Tenorio, apuzco para las damas y que exigía tantos cuidados diarios como el más meticuloso afeitado; la barba partida, que, si era rubia, llegaba ya a lo apoteósico en punto a belleza masculina; la sotabarba de los marinos, que olía un poco a ginebra; la barba lírica de los grandes tenores, muy

pelada por la parte alta de las mejillas—¡oh barba de Gayarre, de Massini, de Stagno, de Marconi!—, y por entre cuyos peluchos parecían salir las notas como filtradas, como decantadas en una pureza infinita, la pureza de oro del *Spirto* o de los *Elenas* del *Mefistófele*; las barbas frondosas y apostólicas, a lo Alejandro Pidal, en las que indefectiblemente quedaban depositados algunos fideos a la hora de la sopa; las barbas felpudas de los guerrilleros carlistas y de Tristán Bernard...

En aquellos tiempos el ir a la peluquería era siempre un problema; mejor dicho, el problema era salir. No sólo porque a ellas iba más gente, sino porque los cuidados que exigía el rostro barbado de los parroquianos tenían mucho de labor de orfebrería. Yo creo que de aquella época data la tremenda locuacidad de que hacen gala los peluqueros; no se puede estar tres o cuatro horas trabajando en el rostro de una persona sin entablar con ella larga conversación.

Hoy todo esto se ha perdido. Cuando en una peluquería entra un señor con la pretensión de que le arreglen la barba, los parroquianos y dependien-

tes, a más de regalarle con una mirada de odio, le acogen con la misma extrañeza que si pidiese (en estos tiempos) cambio de un billete de mil pesetas.

Donde más se nota la decadencia de la barba es en los teatros; nuestros actores, perdida la costumbre de ponerla postiza, cuando por exigencias de una obra han de hacerla, ejecutan la faena con aquella falta de soltura—de «entrenamiento» se dice ahora—con que se visten la trusa o el traje griego. Se han olvidado del arte de decir versos y de ese otro arte de la caracterización a base de peluchos.

Uno de los argumentos que más se han empleado para dar el golpe de gracia a la barba ha sido el de su pretendida falta de limpieza. A mí eso me parece injusto a todas luces: un hombre limpio, lo será siempre, lo mismo si se depila como una bailarina, que si se disfraza de oso polar. El agua tiene, entre otras buenas cualidades, la de filtrarse insensiblemente por doquier, y no hay que suponer que una débil barrera capilar pueda detener lo que a veces no detiene un gran malecón.

No; están demás todos los argumentos. Los hay con exceso en pro y en contra, y por eso en último resultado se neutralizan. La barba no la usamos ya porque pasó de moda. Por ahí fuera, en Francia, en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos, ya no la usa mas que algún notario de provincias.

Ello ocurre desde hace muchos años; pero ya no sé cuál es el sino de nuestro pueblo, que teniendo siempre un vivo afán por seguir a la moda de cerca, no se entera de ella más que al cabo de mucho tiempo.

Porque esto de la barba no es más que un símbolo. Ahora mismo estamos queriendo resucitar aquí una serie de cosas que ya no las lleva nadie en el mundo, y lo sorprendente es que lo hacemos con un pedantesco aire de modernidad. Pasará el tiempo, nos enteraremos del retraso, y entonces dejaremos morir en silencio, por anticuadas, todas

esas cositas de pueblo que ahora parecen querer revivir.

Una de las últimas barbas que se han visto por el mundo—yo parece que la estoy viendo todavía—ha sido la de Landru: era una barba de abanico, enérgica, hirsuta, como un escobillón colosal, con el que, según dicen, ha ido barriendo para el otro mundo a una teoría de mujeres.

A última hora, esa barba siniestra ha estado a punto de suscitar un conflicto. Sabido es que a los condenados a muerte, a cambio de darles de comer y beber durante la última noche todo lo que piden, se les imponen, al llegar la hora fatal, algunas molestias: se les corta el cuello de la camisa, especie de anticipo del otro corte de cuello más definitivo que ha de venir en seguida; se les pela y afeita cuidadosamente, procurando suprimir estorbos... Pues bien; el seductor de la quinta de Gambais negóse a que le despojaran de la barba, viéndose en ella acaso toda su personalidad.

La justicia humana le había condenado a perder la cabeza, pero a perderla con barba y todo. Hubo que acceder al último capricho del gran caprichoso, y aquí surgió el incidente.

Deibler, el simpático verdugo de París, quiso oponerse a aquello, y no ciertamente en nombre de la tradición, sino porque decía el experto funcionario, ple-

no de razón, que aquellos peluchos de la barba del reo estropeaban el filo de la guillotina.

Aquí tienes, lector, un argumento más en contra de la barba. Apresurémonos a quitárnosla definitivamente, por si alguna vez tenemos que subir al patíbulo.

Joaquín BELDA

LECTURAS

La hidalga fea es una novela de don Vicente Pereda, pergeñada con gran primor literario y de asunto bien planeado y muy interesante.

El distinguido literato D. Antonio Heras ha dado a la estampa un volumen titulado *Andanzas y divagaciones*, en que revela muy felices aptitudes de estilista y notables dotes de observador.

Un nuevo libro, de no poco interés cultural, ha publicado la «Editorial Cervantes». Es *La nueva literatura*, por Aníbal Latino. La obra tiene una pertinencia oportuna. Sin sequedad didáctica, sin prejuicios, sin pedantería, escrita con gran sencillez, contiene una amplia exposición del estado de la literatura universal, y hay también en ella

una parte muy amena y sugestiva consagrada a tratar del periodismo contemporáneo.

La misma «Editorial Cervantes», continuando la divulgación de los libros más notables de la literatura universal, acaba de poner a la venta dos emocionantes y bellísimas novelas: *Una noche terrible*, por el ruso Chejov, y *La lucha*, del ucraniano Vinichenko.

Don Luis Constante Moya, comandante de Intendencia, ha publicado una obra titulada *La cría caballar en España*, en que, con claro estilo y acertado método, se exponen enseñanzas muy útiles, que habrán de ser provechosas al Ejército, en primer término, y a todos cuantos se interesan en el progreso de este ramo de la ganadería y de sus más prácticas aplicaciones.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.—Madrid.

Novedades de marzo.

	Pesetas.
JOSE FRANCES:	
Miedo (novela, segunda edición)...	5
HERNANDEZ CATA:	
Una mala mujer (novela).....	5
El placer de sufrir (segunda edición).	5
EL CABALLERO AUDAZ:	
Con el pie en el corazón (novela).	5
Lo que sé por mí (primera serie, cuarta edición).....	5
FERNANDEZ PINERO:	
Memorias del legionario Ferragut.	3
GUIDO DA VERONA:	
La mujer que inventó el amor (novela)	5
MANUEL MACHADO:	
Ars moriendi (poesías).....	3,50

Novelas de aventuras.

MAYNE REID:	
La cazadora salvaje	3

Pídase el catálogo general.
Venta: Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.—Envíos a reembolso.

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269

Medicina, Farmacia, Ingenieros Industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS -- ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

A E G

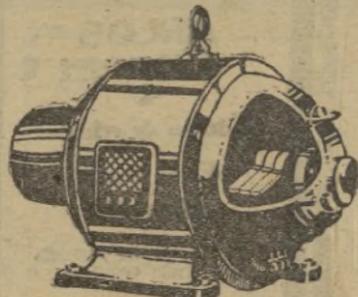
A E G

IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato



Lea usted nuestro folletín LA OPINIÓN AJENA

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzvil(Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

TELÉGRAFOS--POLICÍA

Clases especiales en grupos de seis alumnos. Se abre el curso el día 1.º de Abril. Solicite un Reglamento.

COLLEGE FRANCAIS.—Fuencarral, 33.

Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es
LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-65

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébelo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

ASTURIAS :- España.



Vista del comedor del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

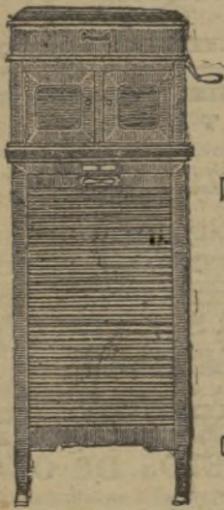
— D. Manuel del Valle Díaz. —

ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas a plazos con precios de contado.



Envíos a provincias Aparatos con bocina o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

Serviosina de T. González De venta en farmacias



Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

Esquina a Barquillo

ARLOS COPPEL
 Fábrica de relojes
 Fuencarral, 27 - Madrid.
 Certificado de garantía con este reloj

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 :- Ayala, 60

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

— BOVEDA (Lago) —